

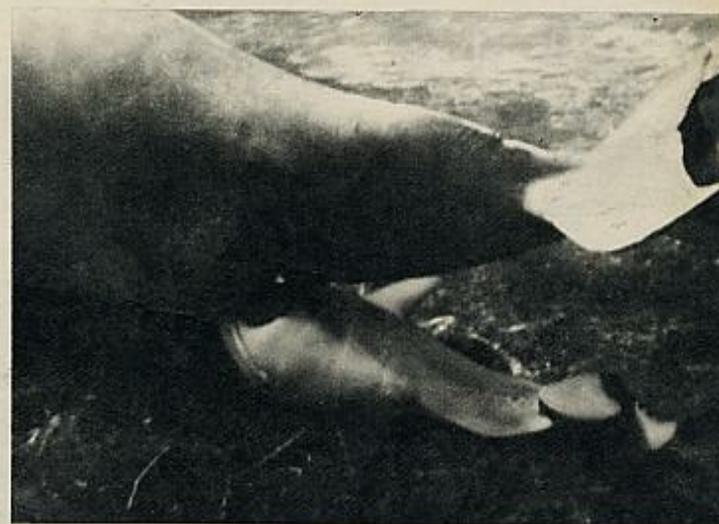
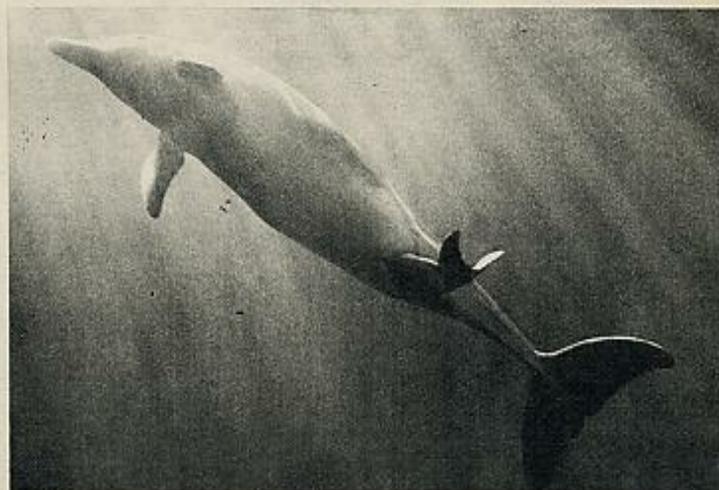
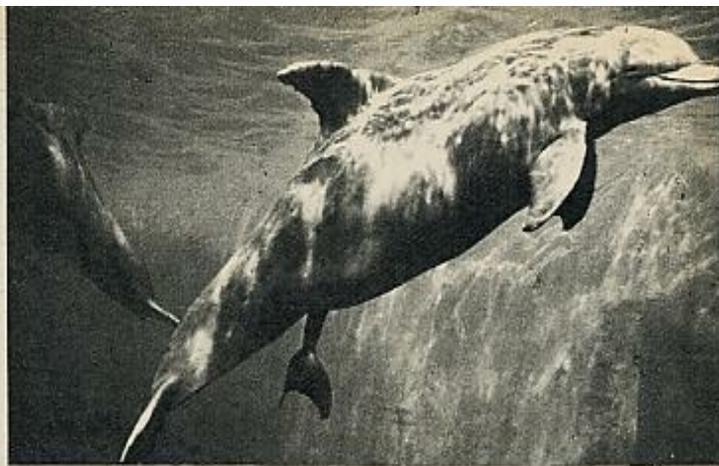
# MAMA DELFIN



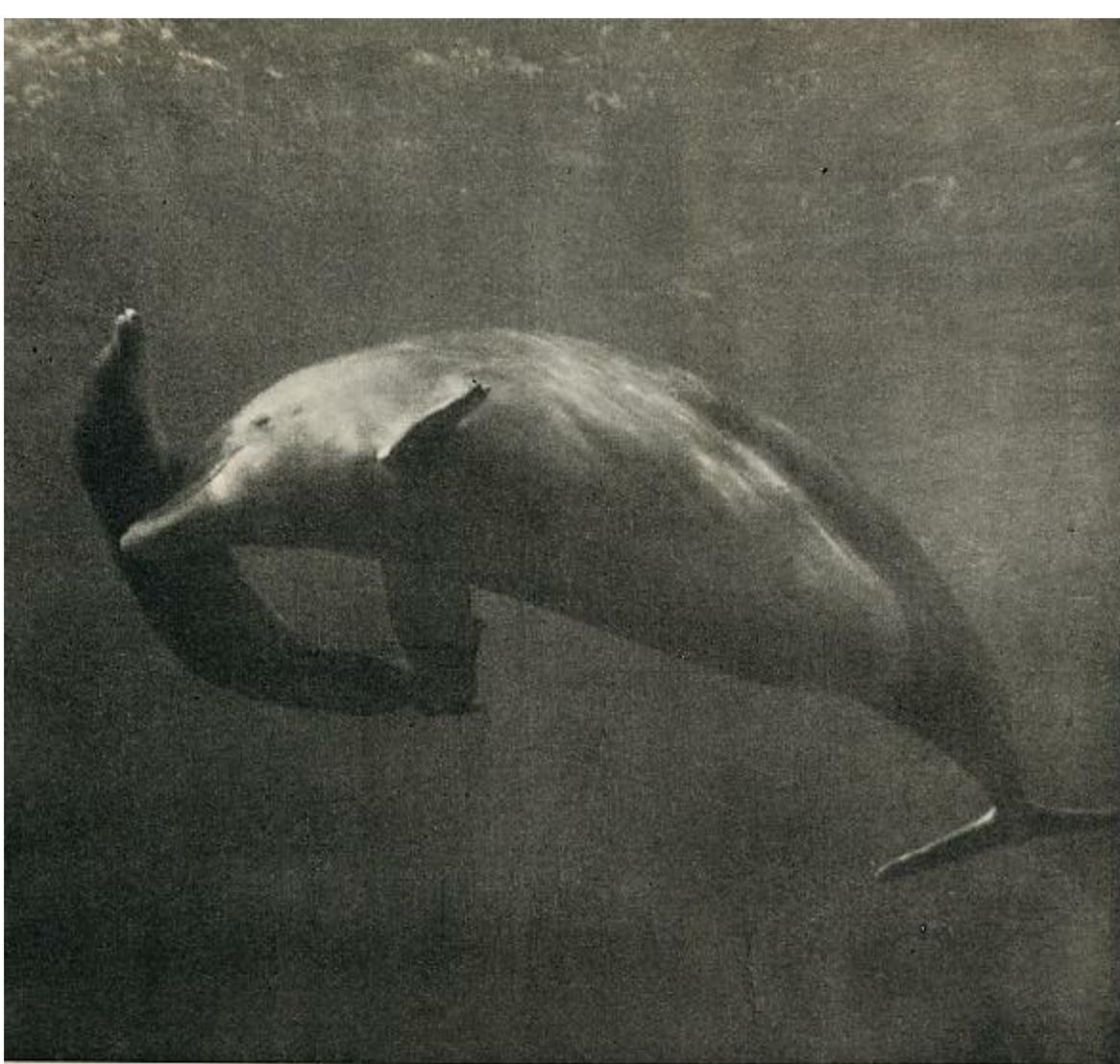
**M**

AMA Delfín se siente henchida de vida; es decir, creadora de vida. Y se prepara para cumplir la tremenda y jubilosa ley de multiplicar la especie. Nadando a través de las aguas azules y turbias del estanque en que fue recluida por los zoólogos para estudiar sus costumbres y comportamiento, Mamá Delfín ofrece una limpia y pura lección gratuita de lo que a menudo resulta tan difícil de ex-

SIGUE



Mamá delfín evoluciona por el estanque mientras se dispone al tremendo y jubiloso trance de multiplicar la especie. Ya no es ella sino también su proyección en la vida. Por nada del mundo equivocarías sus suaves movimientos. Peligraría su tierno retoño e incluso ella misma.



Finalmente, ahí está *Bebé Delfín*, ágil y jabonado, nadando junto a su madre, que se aproxima a él, lo toma con el hocico, como si lo besara. El estanque está lleno de maternidad. Se acarician, rozándose mutuamente. Terminó la jubilosa proeza vital.



plicar: la llegada de un nuevo ser. Nada hay aquí misterioso e indecible y todo adquiere el tierno carácter de lo que es natural y verdadero. La ciencia biológica desaparece y sólo queda el estremecimiento de la maternidad cumplida.

A la *Mamá Delfín* que presentamos en estas páginas, como reclusa que es de los sabios, se la conoce, a efectos de clasificación, con una palabra y un número: «Atlántica 22», y tiene su impuesta residencia en el acuario Marineland, de California. No es frecuente que los delfines hembras se muestren en la cautividad en el trance en que aparece aquí nuestra *Mamá Delfín*, porque parece que la falta de libertad condiciona tanto a los cetáceos como a los hombres; les llega a anular hasta su misma razón de ser, aunque en los cetáceos y otros animales el condicionamiento se acentúe hasta grados extremos y antibiológicos.

*Mamá Delfín* comienza, como si dijésemos, a desdoblarse. Ya no es ella, sino también su proyección en la vida. Su hijo comienza a brotarle. Por nada del mundo equivocaría sus movimientos; nada ni nadie la obligaría a cometer un error en su deslizarse entre las aguas. Peligraría su retoño y eso significaría un fracaso para la naturaleza que ella está dispuesta a evitar. Tiene, además, que superar los vicios del enclausamiento y desdecirlos. La cautividad esteriliza, pero ella, en su plenitud vital, espera vencerla y al «no» antivital que la reclusión impone quiere anudarlo con una afirmación pletórica; la de su hijo vivo. Poco a poco va consiguiéndolo y, finalmente, ahí está «*Bebé Delfín*», ágil y jabonado, nadando junto a su madre. Esta se aproxima a él, lo toma con el hocico. Es como un beso o una caricia. Deja que el recién nacido le roce con su pequeño cuerpo... Terminó la gran proeza, la elemental función de crear la vida.

(Reportaje gráfico de IPI)

## MAMA DELFIN



No es frecuente que los delfines puedan reproducirse en la cautividad que condiciona sus facultades biológicas. El caso que presentamos sucedió en California.